

103385
1234/1264
c.1

Santiago, 6 de Diciembre de 1939.

TURISTA IMPRESIONABLE.-

Es creencia general que la lectura de otros autores facilita la labor del escritor.

Profunda equivocación. Nada amplifica tanto el trabajo de escribir como no haber leído antes a nadie.

La dificultad de expresarse en forma nueva, el temor de repetir el tema desarrollado antes por otro, el desaliento de emprender una obra que no ha de superar a sus congéneres, ¿qué son sino las funestas consecuencias de una regular cultura literaria?

Libre de ese pesado "handicap" que ha malogrado tanta carrera de escritor, el que nada ha leído puede, en cambio, entregarse de lleno, sin sobresaltos ni temores, a la literatura.

En punto a impresiones de viaje, sobre todo, este sano olvido de la erudición es casi indispensable.

El género está, por cierto, un tanto gastado. Raro es el turista que escapa a la apremiante tentación de retratarse con las palomas de la Plaza de San Marcos y de escribir sus impresiones, a lo menos sobre Italia.

No es tarea fácil para quien recuerde que antes que él, sucumbieron a idéntica obsesión, hombres como Chateaubriand, Ruskin, Taine, Dumas, hijo, Heine y tantos otros más que, sin acordarse para nada de sus continuadores - don Eliodoro Yáñez, don Santiago Cruz, etc. - les dejaron bien poco que decir.

-¿Me voy a poner yo, - dice el viajero - a descubrir el Coliseo? ¿Será posible que les cuente a mis lectores que la Torre de Pisa no está a plomo, y las calles de Venecia son muy húmedas?

Ninguno de estos escrúpulos asaltan, en cambio, al turista cuyo espíritu no contaminado de literatura, ha podido conservar la encantadora virginidad de su emoción.

Es el caso de nuestro actual Ministro en Francia, cuya "Impresión de Europa", acaba de publicar el diario radical.

¡Cuánta novedad registran esas páginas!

El belicoso "leader" del Frente Popular, se dulcifica como por encanto, y, convertido de súbito en descubridor de inéditas bellezas, deja volar su fantasía.

"Me recibió Nápoles - dice. Y para recibirlo la ciudad, a pesar de su espíritu fascista, tuvo la amabilidad de presentarse rodeada de colinas y con mar azul "bajé" al fondo imponente del Vesubio, en permanente erupción".

Más feliz que Plinio el Joven, pudo, no obstante el diplomático chileno llegar hasta Pompeya y recoger en la antaño alegre villa "una impresión única y formidable de lo que fuera la civilización y el "poder" de la Roma Imperial".

Con su fumarola tan inofensiva aunque no tan cara como la que fluye del puro del señor Natho, el volcán lo dejó aproximarse.

El "Moisés" de Miguel Angel no fué menos amable para con don Gabriel.

Con celeridad impropia de sus años, dejando su sitio de San Pietro in Vincoli, corrió al Vaticano donde - caso único en la historia - lo vió el leader frentista.

"¡Con qué agrado y honda satisfacción - exclama - pude contemplar en compañía de un guía cada una de sus maravillas! Allí están las célebres estatuas de Moisés y la Piedad de Miguel Angel..."

La emoción de don Gabriel González va a ser tortas y pan pintados, sin embargo, junto a la que va a experimentar el mundo ar-

tístico al saber que el famoso monumento se ha trasladado a la Basílica para hacerle compañía a La Pietá.

Este exceso de visión del turista queda, en cambio, compensado en su visita a la Capilla Sixtina donde el inmenso fresco del Juicio Final le pasa inadvertido y el Paraíso lo deja "realmente perplejo"

Menos mal que en Francia, París lo "recibe" y se lo toma.

El escritor deja caer la pluma.

"París me ha tomado", dice.

Es una suerte. Si lo suelta ¡quién sabe qué impresiones contaría!

Un escritor que hace andar a Moisés, cuando el propio Miguel Angel no consiguió siquiera hacerlo hablar, es capaz de trasladar la Torre de Eiffel al Louvre o encontrar a la Victoria de Samotraco en el "metro".

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

P.
Pontificia Universidad Católica de Chile